

Marcuse: un ídolo fugaz

FUE un ídolo fugaz. Las revueltas juveniles del 68 —el mayo de París, los estudiantes de Berkeley, las Universidades italianas— tuvieron como profeta a este peculiarísimo filósofo, hijo rebelde de Heidegger y de Freud, buscador de la cuadratura del círculo como tantos pensadores de nuestro tiempo: la síntesis entre existencialismo, psicoanálisis y marxismo. Un cierto sincretismo entre el núcleo de ideologías libres alemanas en las que se formó —con Fromm, con Adorno— y la respuesta a la sociedad de Estados Unidos que le acogió —cuando huyó de Hitler, como sus compañeros de escuela— produjeron un pensamiento libertario que para muchos de sus discípulos de todo el mundo era una resurrección del viejo anarquismo: en sus críticas se unían el rechazo de las formas de marxismo que habían sido el resultado de las presiones políticas en la Unión Soviética ("El marxismo soviético"), como de esa otra violación de las libertades intrínsecas del hombre producido por la sociedad industrial de los Estados Unidos ("El hombre unidimensional"); más genéricamente, contra las represiones de instintos e impulsos verificados por las formas actuales de civilización ("Eros y civilización"). Todo ello le erigió en profeta, a veces sin su voluntad explícita. Pudieron más las sociedades establecidas, la trama de la civilización y el orden de los Estados: las revoluciones marcuseanas fueron dominadas, y el tiempo de la profecía pasó, como moda, para alcanzar otra vida de más dimensiones: el de un profundo analista de nuestro tiempo, cuyo pensamiento contribuirá, quizá, a una mayor depuración en la busca de las libertades del hombre.

No hace mucho tiempo, Víctor Fuentes tuvo una entrevista con Marcuse en La Jolla, California, que se publicó en TRIUNFO (11 de diciembre de 1976). Representa el más reciente análisis del filósofo acerca de acontecimientos en los que de alguna manera su nombre estuvo presente.

Al hablar de la reacción contra la guerra de Vietnam, y del movimiento contrario en Estados Unidos, Marcuse decía que ese movimiento se desinfló cuando se puso fin al servicio militar obligatorio y terminó la guerra; también se destruyó a sí mismo por las luchas de pequeños grupos sectarios entre sí, que impidieron que se estableciese un frente común sobre unos puntos afines al espectro total del

movimiento. En tercer lugar, fue derrotada por una intensificación de la represión por parte del sistema: una represión económica y legal, que hacía que los activistas se vieran privados de trabajo. El mismo destino —lucha de facciones— sufrió el movimiento negro, que, además, estaba condenado porque sólo aspiraba a integrar los negros en la sociedad, sin cuestionar las bases de esa misma sociedad.

La "nueva izquierda" tuvo la visión de que los partidos de masa no eran una forma adecuada de organización y enfatizaba el carácter radical de los cambios, de acuerdo con la situación en los países más avanzados industrialmente; verá el socialismo sobre todo como progreso cualitativo, no cuantitativo. Pero una de las razones de su aparente fracaso fue su derrotismo. "Al no estar familiarizados con la Historia, no comprendieron que una revolución no se hace de la noche a la maña-



En la noche del domingo al lunes día 30 falleció en Starnberg, República Federal de Alemania —su país natal—, el filósofo y profeta de la revolución juvenil, Herbert Marcuse.

na". "No tuvieron en cuenta que un proceso de cambio puede durar de treinta a cuarenta años". Marcuse advertía también el cambio de las clases sociales después de Marx: el proletariado había dejado de ser una clase revolucionaria. "Sin embargo, potencialmente, todavía es sujeto de la revolución. Pero para traducir lo potencial a lo actual todavía se necesita un largo proceso de educación política de cambios económicos".

Los cambios producidos en el sistema capitalista en general y en los Estados Unidos en concreto han sido de diversas clases. "Pero el principal cambio está en la conciencia: cuanto más se malgasta la conciencia social, más toma conciencia la gente de que no es necesario trabajar de una forma inhumana, si se evita el uso constructivo y antisocial de la riqueza humana. Los autollamados marxistas ortodoxos dicen que estos son sólo cambios ideológicos, sin comprender que todas las revoluciones históricas han empezado por cambios en las ideologías y en las necesidades".

"Que quede claro —decía, después de explicar la imposibilidad de las revoluciones en los países dominantes— que a pesar de todo no soy pesimista. Creo que el sistema cambiará, aunque llevará mucho tiempo. Cada uno de nosotros puede hacer mucho en su propio terreno del trabajo y vida, mediante la educación política y la práctica, en pequeña escala de organización. Se necesita la espontaneidad organizada".

Creía que el arte y la literatura eran grandes factores de radicalización. "Mantienen viva la imaginación de un posible futuro mejor, al mismo tiempo que la visión de lo que les está pasando a los hombres y mujeres de esta sociedad".

Recordando la guerra de España, Marcuse decía que en nuestros campos de batalla se había luchado por la libertad, la solidaridad y la humanidad por última vez en Europa. "Fue una revolución derrotada principalmente desde fuera, pero también por la división interna del movimiento revolucionario".

Como se ve, el pensamiento continuo de Marcuse en el terreno de lo práctico era una continua acusación contra la división de los movimientos revolucionarios. Lo que no impediría, ni impide, que desde los campos clásicos de la izquierda se haya acusado al propio Marcuse de haber formado una facción, una división, una heterodoxia. ■